

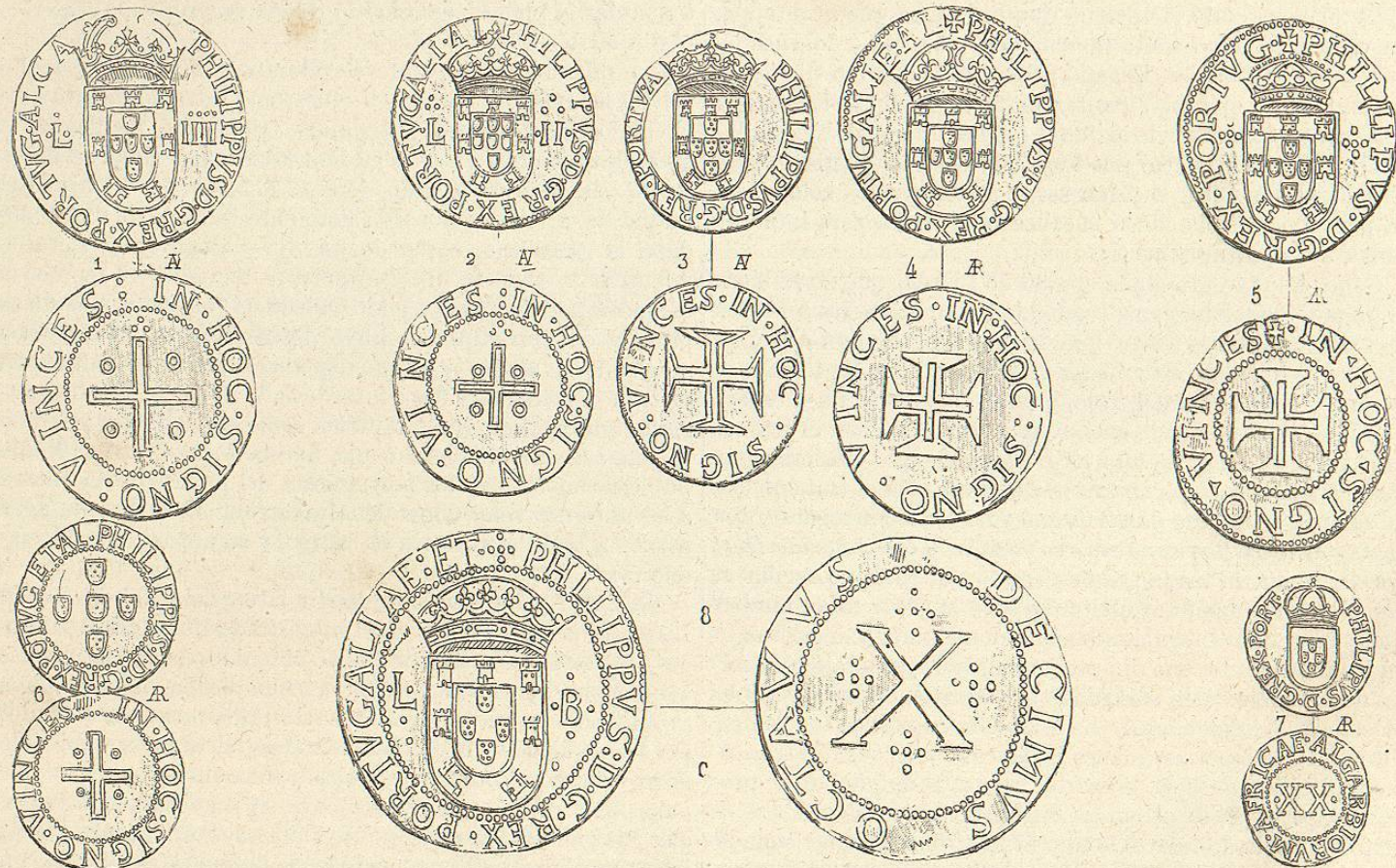


al duque de Alba murmurando y censurando sus operaciones, como la de haber expuesto temerariamente su ejército llevándole a Cascaes, acaso el que tenía algún más fundamento fué el que se le hizo por haber dado lugar á que se salvara el prior de Crato, habiendo podido alcanzarle y prenderle. Quedaba pues en pié el gran perturbador del reino.

Por disposición del duque de Alba fué jurado Felipe II rey de Portugal en Lisboa (11 de setiembre, 1580), con el aparato y ceremonias de costumbre, aunque con escaso concurso de

pueblo y menos alegría y regocijo. El que hubieran podido tener los españoles se trocó en turbacion con la nueva de la gravísima y peligrosa enfermedad que en Badajoz estaba padeciendo entonces el rey don Felipe, y que obligó al de Alba á tomar extraordinarias prevenciones en Lisboa á fin de asegurar la capital y el reino para el caso en que el monarca falleciese, así como dió ocasion al fugitivo don Antonio para difundir la voz de que había muerto, y aun se vistió de luto para hacerlo creer mejor á sus gentes. Pero el restablecimien-

PORTUGAL



FELIPE II

to del monarca dispó las esperanzas de don Antonio y las ilusiones de sus partidarios.

En su busca y persecucion envió el duque al valeroso Sancho Dávila con su tercio. Las poblaciones por donde pasaba el capitán de Castilla le iban entregando las llaves y reconociendo al monarca español por soberano. Halló embarazado y fortificado el paso del Duero; pero habiendo salvado el río por industria de un capitán llamado Antonio Serrano, batidas y derrotadas cerca de Oporto las turbas que había logrado reunir el prior, la ciudad fué tomada por los españoles, y don Antonio, otra vez fugitivo, no hallando ya lugares que le admitiesen, anduvo algunos días errante por montes y por breñas. El rey don Felipe puso á talla su cabeza, ofreciendo al que le entregara muerto ó vivo ochenta mil ducados. En honor de la hidalguía portuguesa debemos decir, que aunque el proscrito anduvo todavía seis meses por la provincia de Entre Duero y Miño, ya por aldeas y despobladas, ya por los conventos y monasterios, y aunque muchos lo sabían y era de todos conocido, no hubo un solo portugués que con el cebo de tan cuantiosa suma quisiese prenderle ni aun descubrirle. Al fin logró refugiarse en Francia, de donde aun le veremos volver, no pudiendo renunciar á su ambición y á su genio inquieto y revoltoso (1).

Casi á un tiempo experimentó el rey don Felipe la satisfacción de saber que se hallaba sometido todo el reino de Portugal y el dolor de perder su cuarta esposa la reina doña Ana

(1) Sobre la acción del río Duero, entrada de Sancho Dávila en Oporto, la vida errante de don Antonio de Portugal y su fuga á Francia, da curiosos pormenores Jerónimo Conestaggio en su *Historia de la Union de Portugal á Castilla*, lib. VII.

en Badajoz (26 de octubre, 1580). Era natural, y así se lo pedía el duque de Alba, que pasara á hacerse reconocer y jurar por sus nuevos súbditos los portugueses, y así lo determinó el rey, convocando al efecto las cortes de su nuevo reino para la villa y monasterio de Tomar, á causa de la epidemia que affigia la corte de Lisboa y otras poblaciones. Hizo, pues, Felipe II su entrada en Portugal (5 de diciembre), y fué recibido debajo de palio en Yelbes, primera ciudad portuguesa que le había reconocido. Iba el rey, como dice un historiador portugués, «sin el amés y con la toga», esto es, no como guerrero sino como magistrado; y es que don Cristóbal de Mora le había dicho: *Suplico á V. M. humildemente no entiendan los portugueses que V. M. no se fia de ellos, porque si no nunca los conquistaremos los corazones*. En Villaboín visitó al duque y la duquesa de Braganza, sus antiguos competidores al trono, tratándose al parecer con la mayor cordialidad; allí le juraron obediencia (24 de diciembre), y el rey nombró al duque condestable del reino, y le dió el toison de oro (2).

El 16 de abril de 1581, erigido un trono en la iglesia del monasterio de la orden de Cristo, y á presencia de los procuradores del reino reunidos en Tomar, y de los duques de Braganza, y del Consejo de Estado y cámara de Castilla, y de los próceres de uno y otro reino, fué jurado y reconocido solemnemente Felipe II de España por rey de Portugal, jurando él á su vez puesto de hinojos y con la mano sobre el libro de los

(2) Juramento de obediencia y pleito homenaje que hicieron al rey Felipe II de España y I de Portugal, don Juan, duque de Braganza, doña Catalina, su mujer, y el duque de Barcelos don Teodosio, su hijo. Códice de la Biblioteca nacional, titulado *Escrituras varias*, señalado D... 162.

Evangelios guardar y conservar al reino todos los fueros, privilegios, usos, costumbres y libertades que le habían otorgado los reyes sus predecesores. Desplegado entonces el pendon real por el alferez mayor, un rey de armas dijo en voz alta: *Real, Real, Real por el rey don Felipe de Portugal*. Y todos, siendo los primeros los duques de Braganza, se llegaron á besarle la mano y á hacerle pleito homenaje (1). Y se cantó un solemne *Te Deum*, y al día siguiente fué jurado como sucesor el príncipe don Diego su hijo. Con esto se vió por primera vez, despues de tantos siglos, sujetos á un mismo cetro todos los pueblos de la península ibérica; por primera vez despues de tantos siglos se vió realizada la grande obra de la unidad española, que la naturaleza había trazado á los hombres, y que las pasiones de los hombres habían entorpecido contra las leyes de la naturaleza. ¡Ojalá no se hubieran roto nunca estas leyes!

Mandó el rey publicar el perdón general que tan ansiosamente esperaban los portugueses, y concedióle muy especialmente para los que habían seguido la parcialidad de don Antonio, exceptuando al mismo prior, al obispo de la Guardia, al conde de Vimioso, y á otros que en él se expresaban. Pareció á los españoles muy amplio, á los portugueses estricto, condicional y artificioso. Otorgó muchas gracias, rentas, empleos y mercedes, que con ser muchas, todavía á los portugueses les parecían escasas. No perdonó don Felipe á los frailes y clérigos que habían tomado las armas en favor de don Antonio (2).

Presentaron los procuradores en aquellas cortes al rey un memorial en que le pedían: que se casara con portuguesa; que el príncipe se criara en aquel reino; que los Estados de Portugal quedaran siempre separados de Castilla; que retirara las guarniciones, con otras demandas de la misma especie. Los nobles hacían para sí otras peticiones no menos exageradas. Mas si algunas de estas les concedió el rey, á las mas respondió con esperanzas ambiguas. En lo que anduvo generoso fué, no solamente en negarse á suprimir, segun se lo aconsejaban, la universidad de Coimbra, sabiendo le era contraria, sino en conservar y aun proteger á los profesores y doctores, no obstante ser los que mas habían enseñado y escrito contra su derecho á la corona. Fuese necesidad ó política, no eran pocas las gracias que había hecho al reino, confirmando lo que en su nombre ofreció antes el duque de Osuna. Tampoco fué muy escaso en mercedes personales, pero era imposible satisfacer las ambiciones de todos, pues como dice un historiador contemporáneo, «cada uno, á tuerto ó á derecho, pedía mercedes; así que, todo el reino no parecía ser bastante á contentarlos (3)». Tantas eran las exigencias, y tanto lo que distribuyó, que descontentó á los castellanos sin acabar de satisfacer á los portugueses.

Terminadas las cortes de Tomar, pasó el rey á Santarem, y de allí á Almada, donde esperó á que la ciudad de Lisboa hiciera los preparativos con que se disponía á recibirle. Cuéntase que al presentarle Ambrosio de Aguiar las llaves de la capital, le dijo á Cristóbal de Mora: *Tomadlas, que á vos se deben ellas*. Y en verdad, bien podía decirse que á la habilidad diplomática de Mora mas que á los soldados del duque de Alba debía la adquisición de aquel reino. Entró, pues, Felipe II, en Lisboa (27 de julio, 1581), por un suntuoso arco de triunfo aun no concluido, y en medio de regocijos y fiestas que duraron largos días. Dióle el pontífice el parabién por verle instalado en el trono lusitano; disculpó su anterior conducta, y aun á instancia del rey nombró un comisario apostólico para entender en las causas que se formaron á los frailes y clérigos que habían alborotado y hecho armas en favor del pretendiente don Antonio, con los cuales estuvo Fel-

pe II inexorable, castigándolos hasta con pena de muerte, que se ejecutaba sin aparato y con tenebroso sigilo, arrojándolos al río de noche. ¡Cuánto varió la conducta del papa con Felipe II desde que le vió vencedor!

En el espacio de dos años, dice un escritor de aquel tiempo, se puede decir que había tenido Portugal cinco reyes, siendo todos ellos como otros tantos azotes del pueblo: don Sebastian con su temeridad, don Enrique con su irresolucion, los gobernadores con su timidez y sus particulares intereses, don Antonio con su tiranía, y don Felipe con las armas (4). No era esto del todo exacto, y menos por entonces, respecto á Felipe II, que si no contentó á sus nuevos súbditos, no fué porque no prodigara rentas, oficios y encomiendas para ganarlos, sino porque no era fácil satisfacer las desmedidas pretensiones de todos, ni lo era tampoco borrar de repente los antiguos odios y antipatías entre los dos pueblos, y tan pronto estaban los portugueses á quejarse de que les daba poco, como los castellanos á murmurar de que les daba demasiado. Exorbitantes fueron las peticiones que hizo la duquesa de Braganza, equivalentes á señalarle rentas y estado de princesa, hasta con título de infantes para ella y el duque. Envió el rey su memorial de peticiones en consulta al Consejo de Estado, y con ser portugueses los consejeros, sus dictámenes favorecieron poco á la duquesa doña Catalina.

Con el reconocimiento y sumision de Portugal pasaron á ser del dominio de España las ricas y vastas posesiones portuguesas de Africa y de la India, los reinos de Guinea, Angola y Bengala, la poderosa Goa, el Brasil, la costa de Malabar, la isla de Ceilan, las Molucas y Macao. Pero manteníanse rebeldes las Azores, y en especial la isla Tercera, tenaz en no admitir otro rey que don Antonio, y solo la isla de San Miguel obedecía al monarca español. Una expedición mandada por don Pedro Valdés para sujetar la Tercera fué rechazada por aquellos bravos isleños, con gran mortandad de españoles. La vuelta á Lisboa de don Lope de Figueroa que fué despues á las islas y regresó sin resultado, envalentonó á aquellos rebeldes y los llenó de arrogancia creyéndose ya invencibles. Por otra parte, el incansable y activo don Antonio había logrado interesar en su favor á las reinas de Francia y de Inglaterra, y con sus auxilios preparaba una respetable armada, con que se proponía desembarcar en las Terceras, y hacerlas base de sus futuras operaciones sobre Portugal, donde con estas noticias se mantenía vivo el espíritu y la esperanza de sus parciales, que eran muchos en el pueblo. Para ocurrir á este peligro despachó el rey don Felipe al marqués de Santa Cruz á Cádiz para que reuniese cuantas naves pudiera, disponiendo tambien que se le prestaran las que en Vizcaya tenía el almirante Recalde. Pero antes que la flota de Recalde arribara á la isla de San Miguel, donde había de incorporarse con la que el marqués de Santa Cruz llevaria de Lisboa, habiase adelantado el prior don Antonio con la suya, que partió del puerto de Nantes, compuesta de sesenta velas bien pertrechadas y armadas, y en la cual iban con el prior de Crato Felipe Strozzi, el conde de Brissac, Mos de Beaumont, el conde de Vimioso y el obispo de la Guardia, sus acérrimos partidarios. En la armada de España, además del marqués de Santa Cruz y del almirante Recalde, iban el maestré de campo don Lope de Figueroa y los capitanes don Pedro de Toledo, don Francisco de Bobadilla y don Cristóbal de Eraso.

En gran aprieto y conflicto tenía ya don Antonio al gobernador y á los defensores de la isla de San Miguel, cuando se descubrió la armada española (julio, 1582). Dióse allí uno de los combates navales mas porfiados y sangrientos que se han visto. El marqués de Santa Cruz correspondió en aquellas aguas á la gran reputación de que gozaba como general de mar. A pesar de la superioridad de la escuadra francesa, la victoria despues de una brevisima pelea se declaró en favor del almirante de España. Don Juan de Vivero apresó á Felipe Strozzi, que llevado á la presencia del marqués murió luego. Huyó el conde de Brissac, y herido y prisionero el de Vimioso, murió tambien al tercer día. Perecieron sobre tres mil franceses, y como unos ochenta caballeros quedaron en poder

(1) Auto de alevamento é juramento del rey Felipe II, I de Portugal, feito em Tomar, año 1581. Biblioteca nacional, códice titulado: *Papeles tocantes á Felipe II*, tomo I, G. 52.—Actas de las cortes de Tomar: *Ibid.* Códice titulado: *Juras de Felipe II*, G. 75.—Relacion del acto de la jura de Felipe II. Archivo de Simancas, Estado, leg. 426.—Cortes de Tomar, *Ibid.* leg. 427.

(2) Lista nominal de las personas exceptuadas en el perdón. Archivo de Simancas, Est. leg. 426.

(3) Conestaggio, *Historia de la Union*, lib. VIII.

(4) Conestaggio, *Hist. de la Union de Portugal y Castilla*, lib. VIII.